

103. Él y ella, a cuál mejor...

¡Cuántas cosas se pueden decir de la familia, y cuántas se dicen modernamente!... Dicen por ahí que “los tiempos han cambiado”, y este decir se aplica muchas veces a la familia, no siempre con la buena intención de mejorarla acomodándola a los avances de la sociedad; sino, al revés, con la intención de hacerle perder todos los valores con que Dios la ha enriquecido y que eran considerados hasta ahora como intocables.

Dejemos que la corriente del mundo vaya diciendo sus cosas, pues nosotros, que queremos ser los más avanzados y los que mejor aprovechen todas las ventajas modernas de civilización, nos atenemos siempre a los dictámenes de la fe.

Para ello, volvemos los ojos, una vez más, al núcleo familiar primero, a los esposos, a él y a ella, amados de Dios, y que saben amarse tan profundamente como Dios quiere y Dios mismo les manda.

Desde el principio, nos ha salido, sin pretenderlo, la palabra clave: el “amor”. Cuando entre marido y mujer reina el amor, todo lo demás sobra, por la sencilla razón de que se tiene también todo lo demás.

Es curioso a este propósito el simpático cuento de los tres visitantes.

Se presentan en una casa sin más tres personajes pidiendo entrada. Pero ellos mismos dicen, desde la puerta, que no va a entrar más que uno, el que elijan los de dentro.

(¡Ah!, y perdón, que nos olvidábamos de decir sus nombres. Se llaman los visitantes Don Dinero, Don Éxito y Don Amor. Es muy importante saberlo...)

Dentro, empieza la discusión.

El marido: *-¡Que entre Don Dinero!...*

La mujer: *-¡No! Que entre aquí Don Éxito...*

Y la hija, que estaba ya para casarse: *-¡En modo alguno! Aquí no entra más Don Amor...*

Gana la muchacha, abren la puerta a Don Amor, y se meten dentro los tres a la vez. El dueño pregunta algo enojado: *-¿Cómo? ¿No han dicho ustedes que aquí sólo iba a entrar UNO? ¿Cómo es que se han metido los tres?...*

La chica sonrío, pues se da cuenta de que ha sido la más lista. Y Don Amor explica: *- Sí; de haber invitado a Don Dinero o a Don Éxito, los otros dos se hubieran quedado fuera. Al haberme invitado a mí, el Amor, yo traigo siempre conmigo el dinero y el éxito, el bienestar y la felicidad...*

Al matrimonio se va ciertamente con una carga grande de amor. La cuestión será el saber mantenerlo a toda costa a lo largo de los días, de los meses y de los años. Porque el amor es una conquista, que se gana a pulso, y se mantiene:

con la aceptación del otro tal como es;

con la entrega valiente y el sacrificio de los propios gustos;

con el perdón generoso ante los fallos inevitables de la pareja...

y siempre, ¡no hace falta decirlo!, con las muestras de cariño, de ternura, de donación completa del espíritu y de todo el ser, tal como lo ha dispuesto tan sabiamente el Autor de la naturaleza, que creo a los dos hombre y mujer, hechos a imagen del que es todo Amor...

En la historia, sobre todo de la Iglesia, descubrimos amantes que son una maravilla.

Ahí tenemos a un sabio como Ampère, que parecía un hombre tan frío, siempre metido en sus fórmulas matemáticas, pero que escribe un día en su diario pensando en la novia: *-Esta tarde comí una cereza que ella había tocado. Enternecedor, vaya...*

Su admirador y discípulo Federico Ozanam, hoy santo en los saltares, escribía pensando en la novia que aún no conocía: *-Quiero que se presente tarde, cuando yo me haya hecho digno de ella...* ¡Si Amelia hubiera pensado en el novio y marido que Dios le guardaba!...

Saltamos a la antigüedad cristiana y entre las muchas lápidas funerarias encontrada en las catacumbas de Roma, hay una que emociona. Se la dedica el esposo a la esposa, con esta inscripción:

- A una mujer de admirable bondad, santidad inigualable y castidad ejemplar. Su vida estuvo llena de decoro, piedad y virtudes, digna de alabanza en todas las cosas. Ha vivido treinta y tres años, quince de ellos a mi lado, sin que jamás me haya causado tristeza alguna. Dio a luz siete hijos, de los cuales cuatro están junto a ella en el abrazo del Señor.

¿Hubiera sido así esa cristiana sin el esposo que le tocó en suerte?...

¿Y las esposas? ¿De qué materia están hechas las mejores esposas cristianas?...

Allá por los años cincuenta, se organizó en Italia el Concurso “Esposa de Italia”, como una réplica a los vulgares concursos de belleza. Las concursantes no se presentaban por su cuenta, sino que las presentaban los vecinos y conocidos que supieran bien el caso.

La “esposa modelo” debía tener detrás de sí una historia admirable de sacrificio y renuncia. La premiada se llevaba 04.000 dólares y, como símbolo, en vez de un falaz cetro, recibía un huso de oro, expresión del trabajo, de la paciencia y de la tenacidad.

El año 1957 presentaron varios miles de concursantes. Y se otorgó el premio a una de veintiún años, casada muy jovencita, a sus diecisiete primaveras. Hija de un ciego, decidió unir su vida a otro ciego, después de haber visto los sacrificios de su madre, día tras día, para atender a su esposo. Sus bellos ojos llenos de luz, serían para un esposo que no sabría nunca cómo era el lucir del sol... (Silvana Cantano, de La Spezia)

Una vez más, que nos han hablado mejor los testigos que los maestros. Todos ellos nos han dicho lo que es el amor de los esposos, querido y consagrado por Dios. El amor trae al hogar la felicidad más cumplida.

Sobre todo, el amor, más fuerte que la muerte, traspasa las fronteras del mundo para eternizarse en el seno de Dios. ¡Dichosos los esposos cristianos, que lo viven como signo sacramental del desposorio místico de Jesucristo con su Iglesia!...